

Una mirada pragmática para el siglo XXI

Las siete claves del desarrollo, según Ricardo Lagos

< POR JULIO OLEAS >

Ricardo Lagos es abogado y doctor en economía; fue militante del Partido Socialista de Salvador Allende, catedrático universitario en Chile y EEUU, secretario general de Flacso y director de Clacso. Desde 1984 presidió la Alianza Democrática opuesta a Pinochet y en 1986 fue acusado sin fundamento de un atentado contra el dictador. En 1987 se puso al frente de un Comité pro Elecciones Libres y fundó el centro - izquierdista



Foto: Getty Images

Partido por la Democracia. Fue ministro de educación de Patricio Aylwin y de obras públicas de Eduardo Frei. En enero de 2000 ganó las elecciones con 51,3% y cuando entregó su mandato a Michelle Bachelet tenía 74% de aceptación. De visita al Ecuador, invitado por el Banco Pichincha, habló sobre el éxito chileno (que no solo es económico, sino político y social) en multitudinarias conferencias en Quito y Guayaquil. El primero de la clase –Chile es el ejemplo de la región– puede despertar sospechas y hasta envidias, pero es bueno escuchar a un presidente tan exitoso para conocer de primera fuente cómo lo logró.

Nada sacamos con negar la realidad. Si hablamos de política y de economía en el siglo XXI, lo peor es no mirarlo como viene, con una brecha digital que puede ser más grande que la brecha entre alfabetos y analfabetos a comienzos del siglo XX. Para sobrevivir en el mundo global es necesario prepararse sin miedo, propone el ex presidente Lagos. “Hace 200 años nos preparamos para conquistar, y luego asumir, nuestra independencia, y fuimos capaces de hacerlo. Fue nuestra respuesta a la necesidad del momento”, afirma. Ahora, con la globalización avanzando a pasos acelerados, muchas veces los organismos multilaterales llamados a establecer las reglas del juego no tienen el mismo ritmo. Una globalización sin reglas es una globalización para el más poderoso, “y eso no lo quiere nadie”. “Preparémonos bien, como lo hicimos 200 años atrás”, dice, y para ello aconseja seguir siete claves, que superan la “buena letra” propuesta en el Consenso de Washington.

Una mayoría social y política que respalde el proceso

Si el presidente carece de respaldo, buena parte del esfuerzo cotidiano se emplea en la construcción de mayorías para emprender las tareas. En la cultura de los tres tercios, el primero es suficiente para elegir presidente –por mayoría relativa– y los dos restantes, al no ser elegidos, hacen oposición y generan conflictos. Chile eligió otro camino: cuando llegó la noche de la democracia, para recuperarla se creó una unidad mucho más amplia, construyendo mayorías políticas como base de gobiernos estables. Si en la década de los setentas la consigna era avanzar sin transar, hoy es construir acuerdos amplios, significativos y sólidos. Sin acuerdos no hay avances. **Michelle Bachelet** es la cuarta presidenta consecutiva producto de ese consenso; en la historia de Chile ninguna coalición política había logrado eso. Al principio fue el medio para avanzar desde la dictadura hacia la democracia, pero a poco

andar fue claro que el desafío mayor y más difícil era desarrollar un país con bajo crecimiento, tremendas injusticias sociales y sin la cohesión social indispensable para sustentar el proceso en el largo plazo.

Chile ha constituido una mayoría social y política; los partidos que la integran siguen fieles a sus banderas, pero las personas se adhieren cada vez más a la concertación que a los partidos que la conforman. Sin la concertación habría sido difícil avanzar como se ha avanzado en 17 años de recuperación democrática.

Visión estratégica de largo plazo

El horizonte más lejano de todo político es la próxima elección. En el Chile del pasado, cada gobierno se creía el fundacional. Esa no es la historia de los pueblos, no es la historia de ningún país de América Latina. Nos guste o no, se comienza a partir de lo dejado por el gobierno precedente, para bien o para mal. Al asumir que se trata de un proceso continuo, el Chile de hoy quiere celebrar sus 200 años de independencia (2010) en los umbrales del desarrollo.

Con un objetivo de largo plazo, las políticas públicas adquieren otra densidad. El desarrollo deviene en una combinación de muchos factores: el grado de participación ciudadana, el respeto a los derechos humanos, el crecimiento económico, la distribución del ingreso, el grado de dignidad que la sociedad es capaz de entregar a los que menos tienen. Visto como un proceso, el tránsito hacia el desarrollo supone horizontes temporales muy amplios, con metas que toman bastante más tiempo que un solo mandato presidencial. Chile es hoy capaz de ver mejor el futuro que tiene por delante porque ha sabido apoyarse sobre los hombros de quienes estuvieron antes.

Trabajar con plazos largos implica una perspectiva estratégica más difícil. Como los políticos quieren quedar bien en la próxima elección, la tentación de desviarse del plan estratégico puede ser muy fuerte (un reajuste salarial o una mejora de las pensiones, si la caja fiscal tiene recursos suficientes). Pero estos atajos

retardan el logro del objetivo final; la perspectiva estratégica va de la mano de una mayoría social y política que sustenta una visión histórica y reduce el miedo a la próxima elección.

3 No hay desarrollo sin un nivel mínimo de crecimiento económico

Antes se pensaba que la derecha debía preocuparse del crecimiento y la centroizquierda debía distribuir la riqueza. La primera tenía a los empresarios como aliados y la segunda a los más modestos. Chile ha roto ese mito; la economía hay que manejarla con seriedad y la seriedad no es ni de izquierda ni de derecha. Para la democracia es tan peligroso un general con ambiciones de poder como un ministro de hacienda populista.

En Chile el crecimiento económico y un manejo macroeconómico serio se constituyeron en objetivos estratégicos. En 2000 la crisis elevó el nivel de desempleo y se decidió que el presupuesto y el gasto se harían no en función de los ingresos presentes, sino de los ingresos promedio de largo plazo. Si el producto bruto potencial era mayor que el actual, se decidió gastar de acuerdo al primero. Si se podía crecer al cinco por ciento y se había crecido al dos, se gastaba como si se hubiera crecido al cinco. Fue fundamental estimar un precio del cobre de largo plazo y gastar conforme a esa estimación técnica: 89 centavos. Cuando bajó a 60 centavos seguimos gastando como si estuviera a 89. Esto permitió aplicar políticas contracíclicas en los momentos más difíciles; cuando la economía bajaba se podía gastar más y mantener los programas sociales, sin hacer ajustes a costa de la gente más modesta.

Se ganó credibilidad y el riesgo país disminuyó. El momento de la verdad llegó en 2004, cuando el cobre subió hasta \$ 1,50 –ahora está sobre \$ 3– pero solo se puede gastar como si estuviera a \$ 1. El resto se ahorra. Según la CEPAL, el único país que ha podido mantener una política contracíclica ha sido Chile, sin reducir el gasto social.

4 La globalización ha venido para quedarse

Para muchos países la globalización es solo vista como una amenaza a la identidad cultural, a los productores internos y a la soberanía. Pero el mundo será cada vez más global, es como el invierno después del verano. Si la sociedad se prepara para el invierno, el problema es menor. No es la primera vez que Chile entiende que su desarrollo está inexorablemente ligado a su capacidad exportadora. La apertura no solo significa eficiencia productiva y de mercadeo. Implica un país con mayor cohesión social para contrarrestar las tensiones internas. Los países exitosos tienen altos niveles educacionales. En un mundo cada vez más global, el conocimiento, la investigación, la ciencia y la tecnología harán la diferencia.

Pero los países son distintos. En Chile, las importaciones más las exportaciones suman casi 70% del producto; en Brasil, con un gran mercado interno, esa suma no alcanza a 30%. Es obvio que para Brasil la forma de abordar un acuerdo de libre comercio será distinta. Sin el tamaño de Brasil, para Chile la convicción del éxito está en la apertura. Son dos mundos distintos, igualmente legítimos. En la globalización, la integración debe aceptar geometrías variables; a la larga, aislarse es negarse a progresar.

5 El Estado es insustituible

En su tarea de distribuir los beneficios del crecimiento por medio de políticas eficaces y eficientes para canalizar bienes públicos, el Estado es insustituible. Los bienes públicos –los que están al alcance de todos– pueden ser provistos por el sector público o por el privado. Pero es el Estado, a través del Parlamento, quien decide su alcance. Un número importante de bienes define su consumo en el mercado, según las capacidades individuales; capacidades de consumo distintas implican desigualdad. Pero a medida que la sociedad se desarrolla, un número creciente de bienes públicos pueden estar al alcance de todos los ciudadanos. Determinados años de educación obligatoria, atención en salud de ciertas características, agua potable, alcantarillado, riego para pequeños y medianos agricultores, son todos bienes públicos que sirven para equiparar las posibilidades sociales. Esta es la clave del progreso, sobre la que se construye gradualmente la equidad, y que está relacionada con la política y no con el mercado.

Lagos con su sucesora, la Dra. Bachelet, el día de la entrega de su mandato presidencial.



Una política preferente para los desamparados

Son los partidos y los dirigentes sociales en el ejercicio de la política quienes deciden el destino de los frutos del crecimiento. Pese a los esfuerzos, en Chile hay 220 mil familias indigentes. Era fácil entregarles \$ 40 mensuales para sacarlas de la definición técnica de indigencia (aquel que vive con menos de \$ 1 por día), pero se decidió apoyarlas informándoles sobre sus derechos. El rescate de la pobreza tiene que ver con la dignidad de la gente. Por vivir en un submundo, no conocen sus derechos, como pensiones asistenciales o la posibilidad de terminar sus estudios. Sin capacidad de definir políticas públicas no populistas, no se puede generar igualdad de oportunidades.

Gracias a ésta la sociedad adquiere la sensación de que su país está creciendo. Si sus hijos siguen asistiendo a escuelas con las mismas condiciones inadecuadas, esa percepción no existe. La focalización de los esfuerzos es determinante, y es una medida de la calidad de las políticas públicas.

La cultura es fundamental

A medida que un país avanza, lo cultural se torna más complejo y más difícil. Este punto ha sido visto como un aderezo de las políticas públicas. Pero en países con raíces históricas tan ricas y profundas, es necesario cuidarlas, desarrollarlas, ampliarlas, porque ellas confieren identidad en un mundo cada vez más globalizado.

Esto presenta otro problema más complejo, que tiene que ver con la forma en que somos capaces de integrarnos a nuestra región y al mundo. Los países latinoamericanos comparten valores, visiones y lengua comunes y, sin embargo, no han sido capaces de plasmar la aspirada integración.

El Mercosur y la CAN eran los elementos embrionarios, pero sin la adaptabilidad adecuada, difícilmente se puede avanzar. Un arancel externo común sin políticas cambiarias homogéneas no sirve de nada. Para abordar la integración es necesario comprender las diferencias. Aceptamos las asimetrías en las relaciones comerciales entre países grandes y chicos, pero no las existentes entre nuestros países. Más allá de los valores democráticos y de la necesidad de lograr el crecimiento, las estrategias no necesariamente son iguales. Los países más grandes del continente, México y Brasil, tienen dos estrategias distintas, legítimas ambas.

Los procesos de integración deben permitir mejores inserciones en un mundo que será cada vez más complejo. El mundo del futuro será liderado por la UE, EEUU, China y los países asiáticos (está en discusión el rol del Japón). En ese mundo es determinante entender a todos los actores, a los empresarios y a los sindicatos organizados, y definir una agenda de crecimiento donde tengan un papel fundamental. 

1/2 Pub